

## Muerte en el Parque Davenson

Desnudo frente aquellos triángulos de colores, Marco sintió una sonrisa lejana. Joan-Paz lo observaba algo contrariada. Un taxista se detuvo frente a ellos y les preguntó si trataban de escapar. Marco gritó y subió rápidamente al taxi con ella. Su cuerpo sintió como si recordara los asientos y las puertas, y hasta al chofer del coche. La memoria no le falló. El taxista cuando ya iba a toda velocidad volteó y carcajeándose le dijo que era el fin. Marco se dio cuenta que Joan-Paz no estaba a su lado y que en ese momento recorría la Calle Tuvan frente a su antiguo colegio. ¡Canalladas! –gritó su madre. No darle unos cuantos centavos a tu hermano no es pecado ¡dárselos sí! – reclamó.

El padre de Marco solo sonrió, y él miró por la ventana derecha. Vio un paisaje negro, con grandes nubes sucias y un neblinoso abismo que estaba al lado de la carretera. A los dos lados se expandía muy pegado el precipicio pudo notarlo luego. De repente su padre comenzó a incendiarse y el carro quebró la banda de seguridad de la carretera y el vehículo salió disparado.

Abrió los ojos levemente y vio una flor. Luego de limpiarse las pesadas legañas reincorporó su cuerpo y notó su lugar de descanso. El Parque Davenson, a dos cuadras de su departamento. Con apoyo de una de las blancas bancas del parque se paró, sacudió el polen de su pantalón y caminó a casa a darse una ducha.

Abel se duchó rápidamente y guardó los papeles de la nueva reserva del hotel en uno de los bolsillos de su pantalón. Salió rápido para llegar a casa. Aún olía a sexo. Al llegar, Joan-Paz aún dormía. Se desvistió con velocidad y se metió a la ducha para eliminar el olor a lujuria e infidelidad. Mientras él se duchaba oyó a Joan-Paz entreabrir la puerta del baño. ¿Qué quieres de desayuno? – preguntó en voz alta. Lo mismo de siempre amor – replicó Abel. Joan encontró en los bolsillos de su pantalón una reserva de hotel para el día de su cumpleaños, sonrió y fue a preparar el desayuno.

Buscó las llaves entre sus bolsillos y solo encontró una nota escrita en un pedazo de periódico: “Debajo del tapete Marquito, debajo de tu Welcome”. Rascándose la cabeza pensando quién escribió eso encontró las llaves entre un par de pelusas bajo su viejo tapete de bienvenida. Entró a su departamento, sonrió, dejó las llaves en el piso y se fue a bañar.

¿Vas ahora a trabajar? – mientras mordía el pan con mantequilla, preguntó Abel. Joan-Paz asintió con la cabeza y dijo que regresaría a las tres. Era domingo y el turno era extra. No tenía porque tardar más tiempo, le comentó con un beso de despedida.

Joan-Paz trabajaba en un pequeño supermercado cercano como supervisora de cajas registradoras. No ganaba mucho pero si le alcanzaba para darle algunos gustos a Abel, su esposo hace un poco más de doce años. De vez en cuando se escapa al cine sola para reír con alguna comedia sórdida. Ese día decidió comprarse lencería para su cumpleaños treinta y ocho. Abel la llevaría a un hotel cuatro estrellas para celebrar. Ella encontró un papel con la reserva fechada en los pantalones de él cuando se duchaba.

A lo lejos vio una sombra desplomarse. Marco corrió y vio una de las blancas bancas del parque enrojecidas y tras esta una mujer sin ojos. Al tratar de levantarla notó algo escrito en sus pies: “Marquito Welcome”. Soltó los pies y miró a los lados, no había nadie. Corrió exaltado hacia un poste de luz. Tomó un respiro y meditó sobre dejar o no a la mujer ahí. Luego de varios minutos, más calmado, regresó donde la mujer y la encontró en su lugar con un tapete azulado: “Welcome”.

Abel es supervisor de ventas en un concesionario de automóviles de lujo. Hace unos meses que está pensando separarse de Joan-Paz, su esposa hace doce años. Le gusta caminar por el malecón junto a la playa, respirar la brisa y fumarse un cigarro. Hace unos días que tuvo una aventura sexual en el cuarto de un hotel algo lujoso para la zona. Nada peculiar sino hubiera reservado otra aventurilla en el hotel y olvidado el papel en los bolsillos de su pantalón.

Recién bañado, Marco fue a hacer las compras al supermercado. Mientras manejaba trataba de recordar que le faltaría comprar para el departamento. En eso, detenido en un semáforo, un niño tocó con suavidad la ventana de su auto. Le ofreció la gama de periódicos del día y Marco sólo atinó a decirle antes de arrancar en su coche, que él no ayudaba a esa clase de gente. El niño vio el auto alejarse y se le cayó uno de los periódicos sobre la vía y una moto partió en varios pedazos el diario. El niño desconsolado guardó algunos de los pedazos en su bolsillo mientras lloraba.

Una mano llamó a Joan-Paz a la caja número 21. Al notar el problema con la tarjeta de crédito dijo: disculpe señor Tevres, el sistema está fallando hoy, ¿no tendrá efectivo? Marco sacó algo de efectivo, dejó un par de cosas que no le alcanzaba para pagar y se fue. ¡Disculpe señor! – gritó ella. Olvidó su tarjeta – agregó. Gracias... Joan – leyó Marco en el pin distintivo dorado de la solapa de ella.

Con una mirada perdida, Abel estaba al lado del ataúd. No pensaba en nada, sólo se quedó unos minutos y se fue. Manejando su coche lentamente, en una esquina un niño se le acerca con unos periódicos y ofrece el menos vendido. Abel con una sonrisa quebrantada, recibió el diario, le dio el dinero correspondiente y se fue. Cuando llegó a casa se sirvió una cantidad sugerente de vodka con limón, cogió el periódico y, al abrirlo, encontró uno de los pedazos del periódico, que guardó el niño, que la moto destrozó.

Una vez más Marco salió corriendo. Echando la mirada siempre hacia atrás temiendo que lo siguieran. Temblaba por su vida cuando llegó a un teléfono público. Se encerró en la cabina y llamó a la policía.

La tarde era algo fría. Joan-Paz se colocó su abrigo, tomó su cartera, se despidió de algunas amigas y caminó a casa. Ella acostumbraba llevar el dinero de las cajas registradoras luego del arqueo para depositarlo a la mañana siguiente en la cuenta corriente del supermercado, tal como su jefe se lo designó. Pero ese día salió temprano a casa y prometió volver por la noche antes del cierre a recoger el dinero.

El Parque Davenson es uno de los más viejos de la ciudad. Varios de sus postes de luz no funcionan y otros guardan una constante intermitencia. Tiene extensas áreas verdes y árboles con enormes troncos viejos y algo podridos. Las hojas que caen ensucian los caminos de piedra que circunvalan el parque. Lo más nuevo ahí son las blancas bancas que el alcalde inauguró un mes atrás. Hay una en especial con mucha sombra donde duerme todas las noches René. Un niño vendedor de periódicos de los alrededores del parque.

Marco, luego de insistir a la policía que vayan al lugar y de tomar varios minutos de aliento, decidió regresar al parque donde la mujer y el tapete. Al llegar vio con cuidado a los lados. Se acercó a una blanca banca, alzó la cabeza y no tuvo tiempo de gritar. Un fuerte golpe en la cabeza hizo que se desmayara.

Joan voy a salir con unos amigos, llegaré en la mañana – mencionó en la cena Abel. Ella asintió con la cabeza como siempre lo hace. Aprovecharía para comprar la lencería para su cumpleaños, sólo faltaban dos días y no podía perder tiempo.

Joan-Paz salió rumbo al Centro Comercial, a unas cuadras del Parque Davenson. De regreso sintió que alguien la seguía, volteó simuladamente un par de veces su rostro al lado izquierdo para observar quien era. Era un niño. Me sobraron algunos periódicos de hoy, por favor señorita cómpreme uno – dijo con tristeza el pequeño. Joan-Paz era, aún con su ajustada economía, muy benévola con las personas. Compró uno de los diarios y se dirigió al supermercado a recoger el arqueo del día antes de regresar a casa.

Despidiéndose coquetamente de Joan-Paz, Marco cogió la tarjeta olvidada, salió del supermercado y regresó a casa. Caída la noche, salió a una reunión en casa de un amigo. Fue uno de los primeros en llegar, tocó el timbre varias veces y nadie abría. En ese instante llegó Abel detrás de él y le dijo hola. Marco volteó y saludó. ¿Eres amigo del chato? – agregó Marco. Sí, del colegio – contestó Abel. La puerta se abrió y el chato les dio la bienvenida. Luego de largas horas y con grandes cantidades de alcohol adquiridas, Marco decidió irse. Como fue sin carro, decidió tomar la ruta más rápida para llegar a casa. A través del Parque Davenson era lo mejor, pensó.

Sin equilibrio, Marco caminaba a través del parque, vomitó un par de veces en los tachos de basura y se sintió mejor. La segunda vez que se reincorporó de su desahogo del alcoholismo oyó un grito cerca de ahí.

Joan-Paz caminaba a través del Parque Davenson cogiendo fuerte su bolso con el dinero del arqueo que recogió cuando un hombre corrió hacia ella y trató de arrebatarle el bolso. Debido al esfuerzo que daba ella por no despojarse de su cartera, el hombre sacó un cuchillo de su bolsillo derecho y le atravesó uno de sus ojos. Ella cayó al lado de una de las blancas bancas. El hombre asustado que lo reconociera ante la policía le clavó el cuchillo en el otro ojo. El hombre arrancó ambas esferas ensangrentadas, las colocó en el bolso de ella, y corrió con él.

Marco a lo lejos vio como una sombra se desplomaba. Todo ocurrió en cuestión de segundos. Corrió hacia la sombra que vio lo más rápido que pudo con su desequilibrado paso.

René observó cómo le arrancaban los ojos a la mujer. Asustado apretó una billetera que llevaba en la mano. Era la billetera de Marco. El niño lo vio entrar en el parque y lo reconoció. Quiso vengarse por lo que Marco le dijo en la mañana y tomó su billetera en un descuido de él al vomitar.

Aún con dicho susto, el niño decidió acercarse donde Joan-Paz en el momento que el hombre escapó con el bolso. De la cartera cayó un delineador negro. Decidió completar su venganza y escribió rápidamente en los pies de Joan: “Marquito Welcome”. No entendía el significado de Welcome, pero le pareció gracioso al verlo en una de las fotografías en la billetera y colocarlo con el nombre que vio en el documento de identidad de Marco. De repente vio que Marco se acercaba y corrió. Notó que el departamento de él se encontraba a dos cuadras. Encontró la llave en la billetera, una mala costumbre de Marco, y corrió velozmente.

Entró al edificio mirando con temor que nadie lo observara, subió las escaleras y se dio cuenta, al llegar al departamento, que el tapete de la puerta era el mismo de la foto. Lo tomó rápidamente y volvió al parque. Observó a Marco abrazado de un poste de luz. Dio la vuelta sin que lo viera, llegó donde Joan-Paz, tiró el tapete encima de ella y se escondió. Marco se acercó y al ver la escena corrió. El niño se carcajeó sin parar por varios minutos.

René se dio cuenta que Marco estaba oculto en una cabina telefónica, fue entonces cuando escondió el tapete. De repente vio que regresaba y buscaba la blanca banca donde encontró a la mujer. Trató de ocultarse detrás de unos arbustos y tropezó con un pedazo de madera, la cogió rápidamente y se acercó sigiloso. Al estar ebrio, Marco se equivocó de banca, aún lejos de la mujer, y antes que pudiera gritar recibió un fuerte golpe en la cabeza. Con gran fuerza, René alzó el pedazo de madera e hizo que Marco se desmayara por lo contundente del garrotazo y cayera al lado de la blanca banca.

René vio a la policía llegar donde Joan-Paz, corrió hacia el tapete, lo cogió y escapó. Regresó al departamento de Marco y dejó la alfombrilla y debajo de esta la llave. En uno de los pedazos de periódico que aún guardaba escribió: “Debajo del tapete Marquito, debajo de tu Welcome”. Caminó hacia el parque y lo dejó en uno de los bolsillos de Marco, que cayó detrás de la banca, sin que la policía lo notase.

El final de un largo sueño lo despertó y desconcertado sin recordar nada regresó a casa.

Abel al intentar recoger el pedazo de periódico que cayó se dio cuenta que sobre la mesa estaba una bolsa plástica con pertenencias de Joan que la policía le devolvió. Dentro de este estaba un periódico que compró Joan. Al levantarlo cayó otro pedazo de periódico. En este había algo escrito: “ventas hoy. Diario prensa 10, la verda 13, la primera 8, espresa 17”.